

# Oración Desde la Cárcel

## por Un Oficial Del Ejército



Una de las más raras experiencias de mi vida sucedió durante la Segunda Guerra Mundial. Yo era un oficial en el ejército del General Mannerheim. Fue un tiempo muy terrible. Habíamos retomado un pueblo que había sido tomado por el ejército rojo. Un número de prisioneros rojos estaban bajo mi custodia. A siete se les fusilaría al amanecer el día lunes. Jamás podré olvidar el domingo anterior. Los siete hombres condenados fueron encerrados en el sótano de la municipalidad. Mis soldados estaban en pie, firmes con sus rifles, en frente del cuarto.

El ambiente era un ambiente de odio. Mis soldados, enloquecidos con su victoria, continuamente se burlaban de los prisioneros. Y estos, en retorno, les maldecían, profiriendo blasfemias. Golpeaban las sangrientos puños. Algunos hijos, quienes, naturalmente, se amanecer el nuevo día morirían.

Las horas de la noche se raro sucedió: uno de los hombres “¡Se ha enloquecido!” fue el había notado que ese hombre, enfurecido, no gritaba, ni había había permanecido quieto sobre desesperación. Comenzó a timidez, pero su voz se hizo más fuerte y, al rato, tomó un tono natural, como de confianza. Todos los demás prisioneros se voltearon y miraron al cantante que aparentemente se hallaba en su mero ambiente.



alargaron. Entonces algo muy condenados comenzó a cantar. pensamiento do todos. Pero yo Koskinen, no se había proferido blasfemias. Solamente su banco, un cuadro de profunda cantar con cierto temor y

*“Salvo en los tiernos brazos de mi Jesús seré,  
Y en su amoroso pecho dulce reposaré.  
Este es sin duda el eco de celestial canción,  
Que de inefable gozo llena mi corazón.”*

Koskinen repitió vez tras vez esta misma estrofa y cuando terminó de cantar, todos permanecieron en silencio durante unos minutos hasta que uno de ojos huraños rompió el silencio con las palabras: “¿De dónde sacaste tu canto, Tonto Imbécil? ¿Quieres convertirnos a alguna religión?”

Koskinen contempló a sus camaradas y sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces les dijo: “¿Vosotros me preguntáis dónde yo aprendí este canto? Lo aprendí en el Ejército de la Salvación. Lo oí hace tres semanas. Al principio yo me reí del canto; pero, después, me hizo un impacto muy fuerte. Yo sería un cobarde si escondiera de vosotros mis creencias. El Dios a quien mi madre ha creído, ha llegado a ser



mi Dios. No puedo decir cómo sucedió; lo único que sé es que yo sé que sucedió. No pude dormir anoche y de repente sentí que tenía que encontrar al Salvador. Entonces oré pidiéndole a Cristo que me perdonara y que lavara mi alma pecaminosa y que me preparara para encontrarme con Él.

“Fue una noche muy rara,” siguió Koskinen. “A veces todo lo que me rodeaba parecía ser luminoso. Versículos de la Biblia y estrofas del himnario volvieron a mi memoria. Me trajeron el mensaje del Señor resucitado, de la sangre que limpia de todo pecado, y del hogar que Él fue a prepararnos. Le di las gracias, acepté su perdón; y, desde entonces, esta estrofa se está cantando en mi ser.”

El rostro de Koskinen reflejaba una luz sobrenatural. Sus camaradas permanecieron en silencio un rato. Los soldados míos, asombrados, escucharon las palabras de este revolucionario rojo.

“Razón tienes, Koskinen,” dijo por fin uno de sus camaradas. “Ojalá que yo supiera que hay misericordia para mí también. Pero estas manos mías han derramado sangre y yo he injuriado a Dios y menospreciado todo lo que es santo. Reconozco que existe el infierno y es el lugar apropiado para mí.”

Cayó al suelo con el rostro mostrando su desesperación. “Ore por mí, Camarada.” Él gimió. Mañana me toca morir y mi alma estará en las manos del diablo.”

Entonces estos dos soldados rojos se arrodillaron y oraron juntos. No era una oración larga; sin embargo, abrió los cielos sobre los dos. Y a nosotros que escuchábamos, nos hizo olvidar todo nuestro odio. Se dispó en la luz celestial mientras los dos hombres, prontos a morir, buscaron el rostro de Dios. La puerta que conduce al Invisible se había abierto y nosotros quedamos extasiados ante el cuadro.

Un poco antes que fuera las cuatro, todos los camaradas de Koskinen habían seguido su ejemplo y comenzaron a orar. El cambio que hubo en el ambiente es indescriptible. Unos se sentaron tranquilamente en el piso mientras otros platicaron sobre cosas espirituales.

La noche estaba finalizando y el nuevo día amanecía. Nadie había dormido. “Cantemos tu himno otra vez, Koskinen” decían ellos. ¡Cómo cantaban! Bueno fuera haberlos oído. No solamente cantaron aquel himno, sino versículos de la Biblia y coros, aparentemente olvidados, brotaron de nuevo de sus memorias como los botones de las flores que se abren bajo la luz del Sol.

Mis soldados que los guardaban unieron sus voces con las de ellos.

El reloj de la torre de la municipalidad dio las seis. ¡Cómo hubiera querido pedir misericordia para esos hombres! Pero supe que eso era imposible. Entre dos filas de soldados marcharon a su ejecución. Uno de ellos pidió permiso para cantar una vez más el canto de Koskinen. Este permiso les fue concedido. Entonces, pidieron que se les dejara morir con rostros destapados. Y con sus manos levantadas hacía el cielo, ellos cantaron con toda las fuerzas de sus pulmones:

*“Salvo en los tiernos brazos de mi Jesús seré,  
Y en su amoroso pecho dulce reposaré.”*

Cuando la última palabra del himno resonó, el teniente dio la orden, “¡Fuego!” Los siete soldados rojos habían peleado su última batalla.

Todos inclinamos nuestras cabezas en silencio. Lo que había sucedido en los corazones de los demás, no sé decir; pero en cuanto a mí mismo, yo fue un hombre nuevo desde aquella hora. Yo había encontrado a Cristo por medio de uno de los más jóvenes y más humildes de sus discípulos.

*Signs of the Times*